

Qué sería del mundo sin el arte

Dorian Sophía Evangelista Romero
Estudiante del 6to. Semestre Lic. Letras Españolas, UACH
dorianevangelista03@gmail.com

Una abeja llegó a la última flor de un campo. A punto de posarse sobre los anaranjados pétalos, se percató de una elegante mariposa azul que había llegado antes.

—¡Buenas tardes! —la saludó.

—Ni tan buenas. —respondió la abeja —Es el final de mi jornada y llevo kilómetros de ventaja sobre mis compañeras. Heme aquí, ante la flor más grande que he visto, y está ocupada. Apúrese pues, debo regresar a mi colmena.

La desconcertada mariposa se apartó del camino de la abeja, quien comenzó a recoger polen inmediatamente.

—Esta flor se llama caléndula, ¿sabía usted? Todas estas son mis flores, les di forma y color tras polinizarlas. ¿No son hermosas?

—¿Y?, ¿qué gana? Para mí sólo pierde tiempo, ya que no tiene decenas de bocas por alimentar. Yo también polinizo, pero no podría importarme menos cómo se vea la hierba esa; y (permítame decir) he trabajado mucho más que usted.

— Ciertamente. Mas, a mi punto de vista, también podría tomarse un respiro y apreciar el arte. He conocido muchos fieles creyentes de que la vida sólo es trabajo. Permítame contarle un solo caso; es sobre humanos.

La abeja quedó intrigada.

—Humanos... —repitió— Algunos trabajan como yo, y otros se dan el lujo de holgazanear más que usted. Dígame pues, el caso del cual se ha enterado.

La mariposa volvió a posarse en la flor junto a la abeja, y procedió a contar el suceso.

— Ni cerca ni lejos de aquí, vivía una familia muy rígida y atareada; tenían dos hijos a los cuales les habían prohibido cualquier tipo de “distracción” artística. Sin embargo, al nacer su tercera hija llamada Carmen, estaban demasiado ocupados para vigilarla...

La mariposa procedió a contar cómo miró, cierto día, a la pequeña Carmen asombrarse al escuchar a unos músicos ambulantes en un quiosco; tras acabar el concierto, la niña se hizo escuchar y le pidió el violín a uno de ellos, porque quería aprender a tocar. Seguía comentando lo que había visto, cuando se percató del sol a punto de

meterse.

—La ventana de su cuarto me permitió ver cada día —continuó—, y la niña ya se había convertido en una bella señorita; pero sus padres aún desaprobaban su deseo por irse a la capital a estudiar música, sólo accediendo a darle un dinerito para el viaje y ni un centavo más. ¡Oh, qué rabia me dio!

Y siguió contando mil y un adversidades más por las que Carmen pasó. La abeja escuchó cada una de sus aventuras, hasta que llegó la hora de marcharse; esta vez, la mariposa le juró terminar el caso al día siguiente. Por fin llegó aquel momento y ambos insectos se acurrucaron en la flor naranja.

—Tras graduarse, Carmen encontró trabajo en una orquesta donde destacó su talento con el violín, y en cuestión de años se hizo de todo un nombre. Los padres cayeron muy enfermos en su vejez, y los hermanos acabaron renunciando a sus infelices empleos; y ella, sin guardarles ningún rencor, les ayudó cuanto pudo con su música. Y así, vivió feliz por muchos, muchos años.

—¿Y luego? —preguntó la abeja, tras varios segundos de silencio.

—Es el final de la historia. ¿Qué sería del mundo sin el arte?, pues aburrido y triste, tal como los padres y hermanos. Y Carmen logró ayudarlos mucho con su talento.

—Bueno, supongo que sí ganó algo de su musiquita... Pero la muchacha mantuvo a esos inútiles gracias a su esfuerzo. ¿Ve cómo es el trabajo lo más importante?

— Puede ser. Pero las personas que escucharon su música no lo hicieron para ganar algo. Simplemente, apreciaban la melodía.

—Será su problema, pues decidieron perder tiempo y dinero en tonterías.

—Y usted también se ha quedado a escucharme estos días, aunque no tuviera obligación de hacerlo. Los cuentos también son arte.

La abeja se descolocó por completo.

—¿“Cuento”? ¿Cómo que “cuento”? ¡Se lo ha inventado todo!

—Hasta la última letra. —declaró la mariposa— Es entretenido escuchar, ¿no cree?

La abeja quedó en silencio. Pensativa, recogió su polen y voló camino a su colmena. La mariposa también se marchó.

Al día siguiente, al llegar a la misma flor, se topó con que la abeja ya la estaba esperando.

—Oiga —dijo, tímidamente—, de nuevo, estoy agotada por tanto volar. Dígame, ¿se sabe más historias?